

JARA SANTAMARÍA

LOS HÉROES DEL TIEMPO

UN VIAJE PELIGROSO



DESTINO

Por la autora de
**LOS DIOSES
DEL NORTE.**
JARA SANTAMARÍA,
más de 200.000
LECTORES

JARA SANTAMARÍA

LOS

HÉROES

DEL TIEMPO

UN VIAJE PELIGROSO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2025
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Jara Santamaría, 2025
Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de la ilustración de sobrecubierta: David G. Forés, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29924-0
Depósito legal: B. 909-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Pablo



En primer lugar, déjame decirte algo: yo no sabía lo que estaba haciendo.

No fue algo premeditado, ni mucho menos.

De haberlo sabido, habría seguido durante toda la excursión con las manos quietecitas en los bolsillos y me habría limitado a quedarme mirando como un pasmarote las explicaciones de la guía. Como el estudiante modelo que doña Águeda siempre quiso que fuera. Como un insecto palo. Tan quieto como el resto de los retratos que había en el museo.

Pero es que estas cosas no se saben.

Nunca.

Cuando pasan estas cosas (a la gente a la que nos pa-

san *estas cosas*, quiero decir), nadie te avisa. No recibes una llamada, ni viene nadie a darte un golpecito en el hombro y decirte «Ey, ten cuidado, tu vida está a punto de desmoronarse y ya nada será igual». Sería un detalle, la verdad. Si uno va a empezar a viajar en el tiempo y enfrentarse a peligros inimaginables, no estaría mal que primero te avisaran, más que nada por organizarte. O, ¡en fin!, para decidir si quieres hacerlo de verdad o si prefieres quedarte en casa y llevar una vida tranquila.

Pero no, siento decirte que no funciona así. Si llevas la Magia del Tiempo en la sangre, sencillamente un día ocurre. O tal vez no. Tal vez haya quien tenga suerte y no lo llegue a descubrir nunca. Aunque si tienes la mala suerte de que te toca, no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Todo cuanto puedes plantearte es tratar de pasar desapercibido lo máximo posible y evitar meterte en líos.

Claro que ese nunca fue mi punto fuerte, precisamente.

Para mí aquel día iba a ser de lo más normal.

Un jueves cualquiera.

Peor aún: todo anticipaba a ser un jueves mortalmente aburrido. Porque, seamos honestos, ¿hay algo más aburrido que una excursión a un museo? Néstor, nuestro pro-

fesor, intentó vendérselo como una experiencia emocionante, por supuesto. «Un flipe», creo que dijo. Ah, sí, Néstor se comportaba así. Utilizaba palabras que le parecían de joven, supongo que para intentar conectar con nosotros y que lo sintiéramos uno más. Como cuando le dio por abrirse un canal en una red social para subir vídeos y explicar literatura para jóvenes «hablando nuestro idioma». En su cabeza era espectacular, de eso no me cabía ninguna duda. Pero en cuanto a nosotros... ¡brrr!, todavía puedo sentir escalofríos de vergüenza ajena.

—Vamos a flipar porque vamos a ver un montón de cuadros y objetos que tienen cientos de años —explicó, abriendo mucho los ojos para enfatizar ese dato—. ¡Cientos!

Pero, por el momento, en aquella excursión no había nada por lo que «flipar». En primer lugar porque:

1. Nunca le he encontrado la gracia a ver cosas viejas.

Y sobre todo...

2. Porque nos tocaba compartir la excursión con los del B, y eso significaba lidiar con doña Águeda.

Si hubiera en el mundo alguien opuesto a Néstor, esa sería la profesora del B. Y es que doña Águeda no se es-

forzaba por subir vídeos en una red social, ni por hablar nuestro idioma, ni por intentar conectar con nosotros de ningún modo. Lo cual era un alivio en parte, sí, pero es que sencillamente era una persona que nos odiaba. No a nosotros en concreto, quiero decir, aunque sí creo que a los del A siempre nos guardaba una rabia especial, sino en general a todos los jóvenes. ¿O quizá a todo el planeta? Porque, en realidad, tampoco parecía que Néstor le cayese demasiado bien. En mis doce años de vida, juraría que no la había visto sonreír ni una sola vez.

Tenía que ser difícil aguantar tanto el tipo. Ser una señora tan gruñona las veinticuatro horas del día sonaba agotador. Menos mal que ya era su último año antes de jubilarse por fin. ¿Qué haría después? A veces me lo preguntaba. Tendría que encontrar algún hobby, ¿no?, alguien nuevo a quien gruñir de nueve a cinco.

—¡Gutiérrez!

Ese era yo.

Mi corazón se paró de golpe al escuchar mi apellido de la boca de doña Águeda. Boca que, por cierto, estaba arrugada en una expresión más que descontenta. Y yo, por una vez, no tenía ni idea de qué había hecho.

Me encogí de hombros, aturdido.

—¿Tengo monos en la cara? —bramó ella. Pero no parecía una de esas preguntas que necesitaran respues-

ta, así que tragué saliva y permanecí en silencio—. ¡Atiende a la guía!

Vaya, era eso. Por lo visto, llevaba un buen rato mirándola sin darme cuenta. Oí unas risas detrás de mí e intenté reírme yo también, aunque notaba toda la sangre de mi cuerpo agolpándose en mis mejillas.

La guía del museo estaba hablando, eso era verdad, y, sin embargo, yo juraría no haber escuchado ni una sola palabra hasta entonces.

—En esta sala, encontramos varios retratos de personas muy importantes, porque acompañaban al rey en la corte...

Sentí el calor de alguien acercándose a mis espaldas y un ronquido empezó a sonar justo en medio de mi oreja.

—Qué interesan... —Álvaro dejó caer la cabeza en mi hombro, exagerando un ronquido tan fuerte que resonó en la sala.

Me giré y allí estaba, aguantando la risa con una expresión de solemnidad fingida. A su lado, Martín se tapaba la boca para evitar soltar una carcajada. Sus hombros temblaban, hasta el punto de hacerle perder la compostura.

Yo mismo tuve que contener la risa. No sé si me hacía más gracia el descaro de Álvaro o la risa de Martín, tan aguda y contagiosa como siempre.

—Eh, Gutiérrez, ¿te apuntas a pedirle un autógrafo al

de la barba? —susurró Álvaro mientras señalaba un retrato de un señor de aspecto severo—. Lo mismo nos cuenta cómo se lleva con los dinosaurios.

Martín soltó su clásica risita, ya sin contenerse. A nuestro lado, el chico nuevo de la clase (¿Mario? ¿Claudio?) también se mordió la sonrisa.

Noté elevarse la comisura de mis labios, pero intenté disimularlo.

—Son idiotas... —murmuró alguien, lo suficientemente alto para que la escucháramos.

Me volví para mirarla.

Ah, por supuesto, Daniela, del B.

Álvaro puso los ojos en blanco y sonrió con sorna.

—Uy, mirad, chicos. Una amante del arte —dijo en voz baja, guiñándonos un ojo.

Daniela puso los ojos en blanco y negó con la cabeza de una forma muy enérgica, exageradamente dramática. Junto a ella, su amiga Elena tenía una expresión de estar oliendo algo muy desagradable.

Para ser sinceros, no les hice mucho caso. Daniela del B era justo eso: Daniela-del-B. Punto. Una chica que pasaba del todo desapercibida y de la cual, aparte de saber que era del B, conocía más bien poco.

Era algo rara, en realidad. Parecía que siempre quisiera llevar la contraria a la gente. No solo era una cuestión de la forma de vestir (que también: siempre llevaba

camisetas demasiado grandes de películas que debían de ser de la época de nuestros padres) sino... en general. Era como si le gustase ser rara. Como si no tuviera ni el menor deseo de encajar en ningún sitio y pasarse los recreos sola con Elena fuese suficiente. No es que me importase, claro. Pero había algo irritante en que siempre fueran las únicas que no se rieran cuando mis amigos o yo hacíamos algo gracioso. Casi parecía a propósito, una decisión premeditada y consciente de no reconocer que les hacíamos gracia.

—Y ahora —anunció la guía—, quiero que os giréis sobre vosotros mismos y miréis lo que tenéis a vuestras espaldas.

Obedecimos sin ganas, para encontrar frente a nosotros una cómoda que parecía bastante antigua y en la que había varios objetos, jarrones, tarros de porcelana y cosas así. Y encima de ella había un cuadro más, como si no hubiésemos visto ya suficientes.

—Sssh, no os acerquéis demasiado —bromeó Néstor, afilando los ojos—, a ver si vais a despertar a los fantasmas del museo. ¡Uuuh!

Martín no se esforzó por contener su risa. Y lo más trágico fue que Néstor pensó que su chiste había surtido efecto. Al pobre siempre le pasaba lo mismo.

—Bien, chicos, lo primero de todo: quiero que miréis el cuadro... —dijo la guía—. Es un cuadro muy intere-

sante, ya que representa una escena cotidiana en un teatro del siglo xvii.

Intenté escucharla. Lo prometo. Aunque fuera por hacer algo más que mirar la pared, pero a la tercera frase ya creí que me iba a deshacer del aburrimiento. La guía se estaba deteniendo en cada personaje que aparecía en la pintura y, cuando llegó al que parecía el protagonista (un señor vestido con unos pantalones abombados y un cuello blanco ridículo que parecía la envoltura de un caramelo), se detuvo a largarnos lo que parecía otro discurso interminable

—Psst. —Álvaro me dio un codazo justo en el preciso instante en que la guía nos daba la espalda para dirigirse a los alumnos que tenía detrás—. ¿A que no te atreves a cogerlo?

Lo miré confuso, sin comprender a qué se refería. No podía estar hablando del cuadro, ni siquiera a Álvaro se le iba tanto la pinza. Entonces señaló con la cabeza la cómoda que había debajo. Seguí su mirada. Justo en aquel momento la guía estaba describiendo cada uno de los objetos que había en aquel mueble (un libro que parecía tener mil doscientos años, un tintero ribeteado en nosequé que tenía un valor incalculable, blablablá) y doña Águeda chistaba de vez en cuando porque los murmullos empezaban a reproducirse peligrosamente en medio de la sala.

No hizo falta que Álvaro me dijera nada más. Entre todos los cachivaches, había uno que era imposible que pasara desapercibido.

No sabría decir por qué.

No es que fuera especialmente grande, ni brillante, ni parecía demasiado caro, por mucho que la guía hubiera sugerido lo contrario.

Pero ese tintero estaba allí, en medio de la cómoda, como si en realidad no tuviera que estar allí. Como si perteneciera a otro sitio, o...

Parpadeé despacio.

Yo no entendía lo que me estaba pasando. Nunca hasta entonces me había sucedido algo parecido. Era la primera vez para mí y no estaba ni de lejos preparado para comprenderlo, ni muchísimo menos para hacerle frente. No entendía nada, pero sencillamente no podía dejar de mirar. Un cosquilleo me recorría las yemas de los dedos.

Ellos no lo sabían, claro. Aunque aquello no tuvo nada que ver con Álvaro ni con el reto que me lanzaba. No habría sido la primera vez que hago algo estúpido por el mero hecho de hacer reír a mis amigos, pero esta, a pesar de no me crea nadie, no fue una de esas veces.

Sencillamente, tenía que tocar ese tintero.

Álvaro ensanchó su sonrisa al comprender que su desafío iba a llegar a buen puerto. Martín contenía el alien-

to. Debía de pensar que me había vuelto loco. Aquello era demasiado incluso para mí, que ya estaba más que acostumbrado a meterme en follones y acabar castigado o con una desagradable notita para mi madre. El nuevo, que volvía a estar sorprendentemente cerca de nosotros, nos miró a los dos y después a la guía, como si no pudiera creerse que de verdad fuese a intentar robar un objeto de un museo por puro aburrimiento.

Me encantaría decir que no me atreví. Que entré en razón.

Pero si lo hubiera hecho, no te estaría contando esta historia.